

SIGNOS/ LENGUAJES/ VIOLENCIAS

EL ROSTRO DE LA INHUMANIDAD

Silvia N. Barei*

Facultad de Lenguas – Universidad Nacional de Córdoba

sbarei@yahoo.com

En un mundo de libros, de ideas, de palabras como el que nosotros vivimos, el conocimiento no empieza allí, sino en nuestras perplejidades. En *Figuras de lo pensable*, Cornelius Castoriadis señala lo que para él constituye una de las cuestiones políticas fundamentales de nuestro tiempo: “¿Podrá sobrevivir la sociedad viéndose amenazado el tipo antropológico que ha sido consustancial a su nacimiento y a su desarrollo?”

La pregunta resulta de una actualidad indiscutible porque a fines del siglo XX ya advertíamos que vivíamos en sociedades montadas sobre estructuras permanentes de violencia, que las formas de poder no se asociaban con lo que necesariamente se había ligado a la idea de progreso y que la explotación y la dominación del hombre es inseparable de la explotación del mundo natural, en distinto sentido pero de igual relevancia.

La advertencia de estas cuestiones ha producido una explosión de pensamiento crítico y un espacio de nuevos saberes –por lo tanto, de nuevos lenguajes- que tratan de encontrar respuestas y propuestas para la resolución de nuestros problemas más acuciantes.

En este mismo lugar, hace tres años, yo señalaba, a propósito de la articulación entre el espacio físico y el espacio cultural, que cualquier objeto –incluso los del mundo natural- pueden ser estudiados tanto física como semióticamente. De allí que la ecología, abierta a un campo interdisciplinario, que incluye el sentido y el valor, pueda pensarse como una ecofilosofía, una biosemiótica o una ecología semiótica.

“A nosotros –decía refiriéndome a los estudiosos del discurso- no nos compete estudiar los problemas ambientales, sino el modo en que los modelos culturales interpretan (traducen/confrontan) el mundo natural.” (Barei, 2008)

Me cito, porque de algún modo estas reflexiones son una continuación de ese trabajo cuyas primeros esbozos me condujeron a pensar la posibilidad de articulación entre naturaleza y cultura en clave semiótica.

El nuevo campo que a partir de los 80, comenzó a llamarse “biosemiótica”, no se desarrolla desde la semiología saussureana, sino más bien desde la semiótica de Charles Sanders Peirce, quien expuso la idea de que todo el universo “está impregnado de signos”.

Más acá tenemos el trabajo de Thomas Sebeok y de la Escuela de Tartu, -especialmente Jacob Von Vexküll y Kalevi Kull- quienes elaboraron la idea de que cualquier entorno biológico o cultural, está compuesto de signos de cuya articulación y significado depende la supervivencia de las especies.

* Profesora e investigadora en la Facultad de Lenguas. UNC. Doctora en Literaturas Modernas. Actualmente es Presidenta Honoraria de la Asociación Latinoamericana y Asociación Argentina de Retórica. Ha publicado numerosos libros de ensayos en su especialidad.

La Biosemiótica (Sebeok) pensó, discutiendo lo que estaba trabajando la Semiótica de la Cultura (Lotman y Uspensky), que el lenguaje humano no es el primer sistema modelizante a través del cual conocemos el mundo (si bien es el sistema humano por excelencia), sino que es el organismo –los organismos vivos- el que en primera instancia percibe el mundo del afuera, dato crucial para la supervivencia de cualquiera de todos los tipos animales –desde un protozoo a un primate, lo que incluye lo humano. Justamente, en relación con lo humano, cito a Sebeok,

“solo los homínidos poseen dos repertorios de signos que se sostienen mutuamente, el no verbal o zoosemiótico más, sobreimpreso, el verbal o antroposemiótico. Este último es el que los investigadores rusos llaman primario, pero que, en verdad es filogenéticamente tanto como ontogenéticamente secundario con respecto al no verbal” (2001:145)

Más actualmente la Ecosemiótica, considera que los modelos de la Semiótica de la Cultura pueden ser aplicados para el estudio de los sistemas biológicos ya que las culturas definen su propio entorno o esfera ambiental (*environment sphere*. K.Kull, 1998:26).

Por otra parte, la Bioretórica (Stephen Pain), entiende que los sistemas vivos se relacionan con el ambiente mediante un modo retórico, especialmente en el diálogo de los cuerpos con el entorno. Cito a Flekestein que se ocupa fundamentalmente del cuerpo humano entendiendo, por ejemplo que “los significados corporales se construyen según una lógica metafórica...ya que lo no verbal irrumpe continuamente a través de las sinuosas olas del lenguaje” (2006:772).

Estos teóricos están desarrollando un campo interdisciplinario en el que la Semiótica clásica se cruza con las Ciencias de la Vida ocupándose de las “situaciones universales de comunicación que competen a todas las formas de vida” (Pain;2002:755). Es decir, se analiza la vida en el marco de una Retórica que hace de lo biológico su punto de partida.

En el campo de la cultura, además del plus no verbal y verbal –los sistemas modelizantes- que no pueden ser entendidos en términos deterministas, está lo que es clave para hablar de semiosis: la interpretación de los signos, la capacidad humana de darle significado al mundo y a través de este significado, de ideologizarlo, de entenderlo en términos políticos.

En realidad el primer universo de la semiosis está en el mundo natural, en lo que Bajtín llamaba “lo dado” (1989), que no es algo inerte sino que también puede elaborar interpretaciones. Los animales y las plantas son capaces de entender determinados signos. Sabemos que si a una planta se le acerca fuego se retrae. ¿Podríamos estudiar este comportamiento como parte de las “semióticas del miedo” (Lotman, 2008)?

Sabemos que si a un gato le acariciamos la cabeza comienza a ronronear. ¿Por qué no estudiar este comportamiento como parte de la “semióticas de la afectividad” (Rosa, 2006)?

Sin embargo, no puede hacerse una traslación directa al mundo de la cultura. La distancia entre el miedo o la afectividad de animales y plantas con respecto a lo humano, se explica por la “distancia genética” que nació hace seis millones de años entre simios antropomorfos y *homo erectus*, luego *homo habilis*, *homo ergaster*, *homo sapiens*.

“Éramos negros, longilíneos, con la cabeza redonda. Respecto de los otros homínidos de la época teníamos el aspecto de jovencitos crecidos un poco rápido. Pero éramos

despiertos, organizados y quizá crueles” -nos relata el antropólogo italiano Franco Capone (2010).

Luego vinieron la palabra, los rituales y la religión, complejos textos culturales que nos harían sentir superiores a otros seres de la naturaleza, y por sobre todo, diferentes. En realidad, la diferencia fundamental está en lo que el investigador italiano llama “despiertos”: comenzamos a tener un comportamiento “creativo”, diferente. Cito a Lotman:

“Cuando apareció el hombre, debe haber parecido un animal loco, y yo supongo que esta es la razón por la que esta criatura débil pudo sobrevivir y matar animales mucho más grandes. Ellos no eran capaces de predecir su comportamiento” (en Kull:1999:124)

Se sabe que nuestro cerebro es mucho más complejo que el de otras especies, de allí las operaciones también más complejas que puede realizar, comenzando por la posibilidad del lenguaje articulado que crea, cuando el hombre se define como especie, nuevos sistemas de relaciones con el entorno. Las otras dos funciones centrales de nuestro cerebro son la de constitución de la memoria, y basada en ella, la capacidad de creación (nuevas ideas, objetos, teorías, imaginarios)

Castoriadis dice: “La funcionalidad de lo que era la psique animal quedó rota por el surgimiento de algo que es constitutivo de la psique humana, a saber, la imaginación radical en tanto que flujo perpetuo de representaciones, afectos y deseos...”(1999:273)

Los lenguajes de la cultura no solo “hablan” sino que además cambian, y cambian porque caen en desuso o porque se modifican sus usos culturales o son susceptibles de ser interpretados de manera diferente. También los lenguajes de la naturaleza cambian. De algún modo también caen en desuso cuando ya no son necesarios para la supervivencia. Tenemos innumerables ejemplos de esto. Pero no cambian según el mecanismo cultural de las nuevas legibilidades, sino del mecanismo biológico de los nuevos desafíos del entorno.

Las preguntas que me interesa plantear y que me ubican en el terreno de la Bioretórica, articulado con el de una Semiótica de la Cultura, son éstas: siendo diferentes las comunicaciones en el mundo de lo biológico y en el mundo cultural, ¿cómo se mantienen, más allá de nuestro cuerpo, los vínculos entre ambos? ¿Qué operaciones culturales siguen remitiendo al mundo de la naturaleza, especialmente el papel de los agentes sociales en el intercambio transformativo entre los hombres y el mundo natural? ¿Cuáles son los rasgos de humanidad o de in-humanidad que las más diversas formas de agresión del entorno viviente, traen al centro de la discusión?

Vamos con el ejemplo.

Colibríes y efectos retóricos

Cualquier objeto de la naturaleza, por más estructurado que sea, al ingresar al campo de la cultura, conlleva la promesa de una nueva legibilidad. Es decir, es susceptible de ser semiotizado, traducido a algunos de los lenguajes humanos.

Quiero tomar como punto de partida para el desarrollo de un ejemplo, una noticia recortada del diario mexicano “Reforma”, del día 16 de enero de este año.

El artículo forma parte de una página dedicada a la violencia narco cuyo título mayor es “Cimbra a Xalapa balacera con sicarios” y que se completa con dos textos menores titulados “Advierte el ejército despliegue de Zetas” y “Secuestra un comando a policías en Zacatecas”.

Me detengo en este último porque, si bien el eje de la noticia es el secuestro de nueve policías municipales por un comando cuyo nombre no se dice, al final de la noticia llama mi atención esta referencia:

“Mario Caballero, vocero del Gobierno estatal, reveló que en el municipio de Jalpa los delincuentes colgaron un colibrí con una cinta negra que alude a la pugna que en esta región sostienen el grupo criminal de “Los Zetas” y el Cártel de Sinaloa, principal línea de investigación que al momento tienen las autoridades” (pag.7)

En un primer nivel semiótico este pájaro conlleva su propio núcleo de información. En términos de la actual bioretórica o retórica del mundo natural, las aves tienen capacidad de elaborar cadenas de información y por lo tanto comunicarse entre ellas y con el medioambiente en el que viven. Tienen un tipo de comportamiento en relación con el entorno, que puede considerarse un lenguaje. Por ejemplo, el colibrí es indispensable para la fecundación de ciertas plantas. En este caso, el acento no está puesto en un interpretante sino en el objeto mismo: el pájaro debe saber el modo de comunicación con su ambiente y es capaz de interpretar signos: una flor abierta, una horqueta protegida, un viento despiadado, el vuelo de una hembra, etc. Son además capaces de “persuadir” a otro espécimen de hacer o no hacer alguna acción. Sin embargo, este comportamiento es repetido: en ello se juega la conservación de la especie. Los signos elementales reconocibles pertenecen en términos retóricos a un sistema de modelización de primer grado. (Sebeok;2001)

En un segundo nivel semiótico, este colibrí es susceptible de ser descripto según un lenguaje científico, es decir uno de los lenguajes modelizantes de la cultura: se denomina *oreotrochilus o anthracothorax*, y hay en toda América distintas variedades: *nigricollis*, *leucoplerus*, *estrella*, *adela*, *hellomaster furcifer*, etc. Tienen en común que liban en el aire, tonos brillantes, largo pico apenas curvo, de entre 9 y 15 cms. de pico a cola, etc. Habitan desde México hasta Chile y Argentina.¹

En un tercer nivel semiótico este pájaro ha adquirido un carácter simbólico que ya no depende de su propia relación con el entorno sino de la interpretación creativa de esos otros que en las tinieblas de los tiempos se bajaron de los árboles y comenzaron a caminar erguidos. Por lo tanto, la interpretación del entorno se vinculó con expresiones de vida, de socialidad y de muerte. El signo “colibrí” adquiere una connotación

¹ NAROSKY, Tito y YZURIETA, Darío; (2003) *Guía para la identificación de aves*. Vasquez Manzini Editores, Buenos Aires.

simbólica, una especie de “remarca retórica” intraducible fuera de su contexto de producción. En una expresión no muy feliz en español Lotman le llama “contraste retoricógeno” (2001:38).

En el *Chilam Balam* – el libro que relata la historia de la civilización maya- se cuenta que el mundo de los humanos estuvo precedido por la destrucción del mundo anterior, destrucción ocasionada por el enojo de los dioses que produjeron un diluvio. Para la creación de un mundo nuevo, los dioses plantaron cuatro árboles en las cuatro esquinas del mundo. Cada árbol con un pájaro de un color. En el centro, se plantó un árbol como recuerdo de la destrucción y en ese árbol se creó un pájaro multicolor: el colibrí. Luego, Culebra de Jaguar y Culebra de Tigre –la pareja creadora del mundo-, crearon a los otros animales y a los hombres. En esta cultura, las aves se asociaron al sol y al poder fertilizador de la tierra.

He aquí un buen ejemplo para explicar que la realidad es sígnica y se materializa en textos en los que es posible leer la inflexión entre lo natural y lo cultural en una escena mítica, que podríamos llamar eufórica. Un mundo resplandeciente donde las aves se vinculan con los rituales de fertilidad y de vida.

La referencia que trae el periódico, alude a otro ritual y a otro texto de la cultura que podríamos llamar disfórico: como amenaza de muerte. Se ha producido un desplazamiento y una reinterpretación del símbolo, aunque el objeto del mundo natural es el mismo. Y ello ha sucedido –sucede en la actualidad dolorosa de México- porque el narcotráfico encaja en la lógica del capitalismo tardío, en sus máquinas de terror, al mismo tiempo que vuelve sobre una memoria histórica signada por la diferencia y el exterminio.

El pájaro es –como diría Nicolás Rosa “un cuerpo que desaparece en lo real para reaparecer en lo imaginario” (2006:187). Obviamente, desaparece porque el animal está muerto y reaparece en su posibilidad de anticipo sobre un fondo de muerte, reduplicado por la simbología de la cinta negra. Si yo creo que el colibrí ha muerto de muerte natural, está la cinta negra para acentuar la simbología y evitar el equívoco. También es interesante el refuerzo simbólico de las dos tradiciones: la precolombina y la cristiana.

Hay entonces, en todo objeto culturizado, en todo elemento de la naturaleza interpretado por nosotros, una huella, un vestigio de lo real, una memoria que nunca cesa de alertarnos hacia algo que sucede en el espacio social .

Lo desplazado del entorno biológico opera como texto cultural -modelizado al segundo y tercer grado- mediante un sistema de traducciones retóricas, ideológicas y e históricas circunscriptas por el medio social.

El traslado simbólico de un objeto del mundo natural al mundo cultural engendra dos sistemas semióticos: el relato empírico, como destrucción de la naturaleza por el hombre y como documento anticipatorio de la realidad, el relato visionario, la amenaza de muerte. Este relato visionario es altamente retórico: expone las formas más acentuadas de la argumentación y la persuasión, la hipérbole –toda amenaza es siempre hiperbólica-, la metonimia, la metáfora y el símbolo.

Esta configuración retórica de un elemento del mundo natural implica una exhibición ostentosa de lo irrepresentable: la extensión in-humana de la violencia y la muerte.

Se trata de un “efecto de real” y al mismo tiempo de un “efecto de significación” –y por ende de lectura- que se hace del ave, devenida ahora signo y símbolo cultural.

Podíamos decir que los lugares de lo biológico y lo social adquieren densidad, en un proceso de transformación de los signos que Bajtín llamaría de “reevaluación” (1989:393) componiendo una escena fuertemente patética –y por lo tanto, retórica. Se trata de persuadir al otro de que no haga algo: una advertencia en torno a la amenaza de muerte, ya que la destrucción se aloja en el cuerpo del ave, no como parte de su reloj biológico natural, sino como escena de violencia que constituye procesos intersubjetivos. La amenaza es un acontecimiento político que se reconstruye desde códigos retóricos activados por una comunidad: una construcción metonímica y metafórica por la cual el acontecimiento se inscribe en su historicidad, se desplaza en su significación y se adelanta –por ello, relato visionario- en sus efectos persuasivos: sabemos que la muerte no conoce reversibilidad.

También la marca de lo humano en lo animal (la muerte ritualizada del colibrí) muestra en una vuelta de tuerca, todo lo contrario, es decir, otro efecto de lectura: enfrenta al hombre con su destino animal, el hombre como depredador de la naturaleza y de su propia especie, el hombre vuelto a su condición inicial de fiera, el rostro de la inhumanidad o las nuevas formas de desertar de lo humano.

La generalización del crimen asociado a la corrupción financiera y el dinero caliente proveniente del tráfico ilegal de armas, drogas y órganos, la explotación de mujeres y niños, el turismo sexual, la esclavitud de sujetos migrantes, el contrabando de animales y la explotación de la naturaleza producen severas rupturas en el tejido social y en el modo de pensar nuestra vida como parte del mundo natural. Si se define a los recursos humanos y a los recursos naturales como “capital”, si se convierte a la gente y a la naturaleza en una materia desechable, tal vez no tengamos respuesta para la pregunta de Castoriadis: “¿Podrá sobrevivir la sociedad viéndose amenazado el tipo antropológico que ha sido consustancial a su nacimiento y a su desarrollo?”

Bibliografía

- BAJTIN, Mijail; (1989) *Estética de la creación verbal*. Ed. Siglo XXI, México.
- BAREI, Silvia; (2008) “Naturaleza, arte y subjetividad: dominios de una nueva relación ecológica” en Actas I Jornadas Internacionales de ecología y Lenguajes. Facultad de lenguas. CDRom.
- BAREI, S. y ARAN, P. (2006) *Texto/Memoria/ Cultura. El pensamiento de Iuri Lotman*. El Espejo ed. Córdoba.
- BAREI, S y PEREZ, E; (comp).(2007) *El orden del mundo y las formas de la metáfora*. Fac. de Lenguas. Colección “Lecturas del mundo”. Córdoba.
- CAPONE, Franco; (2010) “Antenati in galleria” en *Prehistoria. Le origini dell’uomo*. Focus, Mondadori.
- CASTORIADIS, Cornelius; (1999) *Figuras de lo pensable*. Ed. Frónesis, Valencia.
- FLECKENSTEIN, Kristie; (2006) “Bodysigns: a Biorhetoric for change” en *Relatios, Locatios, Positions. Composition Theory for Writing teachers*. Eds. Peter Vandenberg. Urbana: NCTE.
- GUATTARI, Felix; (1996) *Las tres ecologías*. Ed. Pre-textos. Valencia.

- KULL, Kalevi; (1998) "Semiotic Ecology: different natures in the semiosphere". En *Sign System Studies*. 26:344-371. University of Tartu. Estonia.
- (1999) "Toward biosemiotics with Yuri Lotman" en *Semiotics. No. 127-1/4*. University of Tartu. Estonia.
- (2007) "Semiosfera y ecología dual: paradojas de la comunicación" en MACHADO, Irene (comp) *Semiotica da cultura e semiosfera*. FAPESP. Brasil.
- ; (2001) "Towards biosemiotics with Yuri Lotman" en *Semiotica* 127-1/4. 115-131.
- LOTMAN, Iuri; (1995) *La semiosfera I*. Ed. Frónesis, Valencia. España.
- ; (2000) *La semiosfera III*. Ed. Fronesis, Valencia. España.
- ; (2001) *The universe of mind*. IB Tauris and Co. New Cork.
- ; (2008) "La semiótica del miedo" en *Revista de Occidente*. No. 329, Octubre. Fundación Ortega y Gasset. Madrid.
- MORIN, Edgar; (2004) *Introducción al pensamiento complejo*. Ed. Gedisa, Barcelona.
- NOUZEILLES, Gabriela; (comp) (2002) *La naturaleza en disputa*. Ed. Paidós, Buenos Aires-México.
- PAIN, Stephen; (2002) "Biorhetorics: an introduction to applied rhetoric" en *Revista Sign Systems Studies*. University of Tartu. Ed. Peeter Torop. Vol. 30-2.
- PERC, Jerzy; (2002) "En qué medida la semiótica es puente de unión entre la naturaleza y la cultura?" en MAESTRO, J. (comp) *Nuevas perspectivas en semiología literaria*. Ed. Arco, Madrid.
- ROSA, Nicolás; (2006) *Relatos críticos. Cosas animales discursos*. S.Arcos Ed. Buenos Aires.